

6 de enero “B”:

LA EPIFANÍA

Is 60,1-6 + Ef 3,2-6 + Mt 2,1-12



Ponerse en marcha.

Con la característica forma narrativa que emplean los evangelios, un autor, Lucas, nos ha dicho que los pastores que pasan la noche con sus ganados son los primeros en recibir la noticia de que algo grande acontece en Belén. De su narración deducimos que hay una forma sencilla de acceso a la fe en Jesús. Es la de quien tiene la suerte de recibir su anuncio por pura gratuidad y aunque no exista un proceso de búsqueda intelectual o de intentar explicarlo, Dios se da a conocer y despierta sorpresa, admiración y esperanza. Ellos tienen que ponerse en marcha y llegar al portal, pero su proceso es válido porque llegan y encuentran al Niño.

En la fiesta de la Epifanía, la narración de Mateo nos presenta otra forma de acceso a la fe en Jesús. Es una forma que combina gratuidad y esfuerzo de búsqueda y en la que parece amplificarse todo lo que resalta el esfuerzo y la dificultad de un proceso.

Estos personajes a quienes nosotros hemos dado en llamar Reyes Magos, personas ajenas a una tradición religiosa concreta, han dado un significado religioso a un fenómeno que puede admitir otras explicaciones pero cuyo sentido último ellos se proponen encontrar.

¿Hacia dónde?

La conmoción del fenómeno no se queda en mera curiosidad intelectual sino que se transforma en actitud vital que les conduce al centro religioso por excelencia: Jerusalén.

Allí creen que van a encontrar la respuesta a sus inquietudes y la meta de sus búsquedas. Se apoya su convicción en la historia tan antigua de esta ciudad cantada por los líricos poetas de los salmos, propuesta como prototipo del futuro por los profetas, una y otra vez destruida por los militares, una y otra vez reconstruida por sus habitantes y siempre residencia de corrientes religiosas

que en su magnífico templo han sido los únicos defensores del monoteísmo.

Centro religioso al que acuden muchos peregrinos del mundo, se ha protegido con unas fuertes murallas que son todo un símbolo de impermeabilidad ante cualquier influencia exterior, pero símbolo también de su insensibilidad ante las necesidades religiosas que le signifiquen un esfuerzo de apertura, de cambio.

La sensibilidad religiosa está protegida en Jerusalén frente a los peligros externos y controlada en su interior por unas autoridades muy doctas. De hecho, saben consultar muy bien los libros y dar respuesta intelectual a la pregunta de los buscadores. Pero ellos no se mueven.

En lugar de ponerse en marcha, como hacen los de fuera, ellos permanecen quietos e inmóviles, aunque conmocionados por la noticia de que un posible rey les ha nacido sin que ellos hayan controlado su nacimiento.

Alguien que significa futuro, esperanza, mañana y renovación ha nacido cuando ellos preferían permanecer con su viejo rey que significa pasado, traición (ya que es extranjero e impuesto por extranjeros), desconfianza y claudicación.

De esa manera, estos personajes que llamamos Reyes Magos, ven que sobre Jerusalén se apaga la estrella, la luz que debía guiar a todos los buscadores religiosos ansiosos de una religiosidad profunda, vital y esperanzadora. Ya no es la antigua ciudad cuya misión era, precisamente, despertar los sentimientos religiosos y orientar a la humanidad. Hoy, Jerusalén, está acabada.

Debía ser testigo de Dios en el mundo y anunciarlo a todos, pero hoy tienen que venir a anunciárselo a ella y ella no se mueve. Está dominada por el miedo, no por el entusiasmo y la alegría. Se ha quedado convertida en un lugar cerrado que se siente cercado. Sólo es ya una ciudad.

Hacia un niño.

Por eso los Reyes tienen que seguir su viaje de búsqueda, anhelando encontrar una nueva Jerusalén, una nueva meta religiosa.

La luz ya no brilla sobre Jerusalén, ni sobre el poder, ni sobre la religión encerrada en libros y fórmulas.

Hay una nueva Jerusalén que no es una ciudad sino un Niño con vitalidad, frágil y en peligro. Ellos entienden que ahí está la auténtica religión, en un Dios que quiere una humanidad nueva.

La antigua Jerusalén se ha quedado eclipsada, anticuada, convertida en piedras de museo y visitada por los amigos del pasado, historiadores y paleontólogos, cuya historia no conviene conocer para no repetirla, porque quien no escarmienta en el otro puede verse en las mismas condiciones.

No era ése el futuro que le había anunciado Isaías; pero en lugar de levantarse, renovar su mensaje y ponerse en marcha para realizar su apasionante tarea, se encogió de hombros, se dejó conducir por líderes temerosos de todo cambio y así fue muriendo como estrella y luz encargada de orientar el mundo e iluminar los pasos de los seres humanos en búsqueda de Dios y de sí mismos.

Tremendo aviso del Evangelio en esta fiesta infantil de regalos y fantasías. Sin embargo, también estos regalos un poco envenenados nos van bien para sacudir nuestra seguridad cerrada e impermeable y nuestra insensibilidad a la búsqueda religiosa que realiza el hombre de hoy con sus interrogantes y dudas.